

Crisis de la sociedad latinoamericana dependiente y nuevas formas de dominación política

GERARD PIERRE-CHARLES

Notas e hipótesis para una interpretación de la evolución reciente de América Latina a partir de una extrapolación del "caso haitiano".

Los métodos de dominación de clase en América Latina han experimentado durante la última década cambios sustanciales que han modificado las formas de los regímenes políticos, así como la naturaleza de los instrumentos de control, represión y decisión política, utilizados por los grupos de poder para mantener su hegemonía.

En numerosos países, los sectores dirigentes se han visto obligados a salir del cuadro de la legalidad que regía hasta entonces la vida política y buscar métodos renovados y más eficaces para asegurar el control del aparato estatal. Las leyes constitucionales e instituciones, propias de la democracia representativa y vigentes desde hace medio siglo, se muestran cada vez más imposibilitadas para garantizar la supervivencia e incluso el funcionamiento del sistema. Las medidas de excepción, recurso permanente de la democracia burguesa, han sido superadas por inoperantes. Y se ha planteado la necesidad de instaurar *regímenes de terror como forma de la opresión clasista e imperialista*. Estos regímenes, en su esencia y manifestaciones, están engendrados por las condiciones de crisis por las que atraviesa América Latina en el contexto de su dependencia neocolonial hacia el sistema mundial capitalista. Están intrínsecamente vinculados con la crisis del sistema mundial capitalista y en particular del sistema de dominación del imperialismo norteamericano en América Latina. Son productos inevitables del capitalismo como sistema mundial. La dominación colonial e imperialista históricamente ha condenado a los países dominados al subdesarrollo de sus fuerzas productivas, a no aprovechar sus riquezas naturales y humanas a evolucionar según una *dinámica antidesarrollo* que sirve los fines exclusivos de saqueo y de acumulación de los centros dominantes.

La crisis en el centro hegemónico se manifiesta por el estancamiento de la producción, el acrecentamiento del desempleo, por el desequilibrio de la balanza de pagos, el marasmo económico y la inflación (pese a los estímulos

de una economía de guerra comprometida en la escalada de Vietnam) con la consecuente acentuación de la lucha de clases, de la inconformidad de los negros, los estudiantes, la clase obrera y sectores cada día más amplios de la población.

En la periferia, sobre todo en la América Latina, la crisis se expresa por una mayor descapitalización que nace del deterioro de los términos de intercambio y del alto monto de las transferencias de dividendos e intereses del capital extranjero; por un endeudamiento creciente y compulsorio, por el lento crecimiento del producto bruto y aún de su estancamiento cuando la población aumenta a un ritmo acelerado; por una concentración marcada del ingreso y un creciente malestar de las masas; por *el colapso, en fin, del modelo de desarrollo y de organización política* vigentes hasta hace poco, lo que estimula el descontento popular y la inconformidad política.

Así como consecuencia del impacto de la crisis del centro hegemónico sobre las "formaciones socioeconómicas periféricas", el poder de las clases dominantes y del imperialismo ha cobrado un carácter estructuralmente violento. En aquellos países en donde las contradicciones sociales y políticas se dan con mayor fuerza, manifiesta o potencial (Paraguay, Haití, Brasil, Bolivia) *el poder presenta una fisonomía fascista* bajo el yugo de un Stroessner, un Duvalier (padre o hijo) o un militar de alta graduación. Mientras que en otros países, aun cuando no presenta el carácter de forma de opresión clasista dominante, aparece como línea de tendencia o fórmula de reserva, surgiendo en forma esporádica y a grados diversos, según las *coyunturas de crisis*.

Estos regímenes de fuerza, parecen definir en sus superestructuras un tipo de fascismo de subdesarrollo y se presentan como deformación, sublimación, producto en resumidas cuentas del régimen económico-social, correspondiente a las sociedades dependientes de América Latina. Aparecieron en el periodo histórico posterior a la degeneración de las estructuras precapitalistas, cuando el capitalismo dependiente como etapa o proyecto de desarrollo se ve incapaz de enfrentarse a sus propias contradicciones y neutralizar la inconformidad de las masas de acuerdo a las formas de gobierno y opresión de la democracia burguesa. Por lo tanto, los grupos dominantes recurren a nuevos mecanismos, métodos y normas de dominación, sobre la base del ejercicio ilimitado de la violencia y del uso de medios modernos de control y represión reforzados por el imperialismo.

Es sabido que el fascismo, en su modelo original, floreció en la Italia de Mussolini y la Alemania nazi como *forma de opresión de clases en condiciones de crisis del capitalismo monopolista*. En las sociedades de capitalismo subdesarrollado y dependiente los regímenes de tipo fascista tienen un contenido diferente. Pese a esa diferencia esencial, uno y otro modelos parecen

constituir genotipos donde se encuentran fenotipos característicos: contextos de crisis socioeconómica y política, temor al comunismo, forma de organización y de poder político corporativista, colaboración de clases, antilegalidad, hipertrofia del poder ejecutivo y de la policía política, ideología inspirada en el nacionalismo, el elitismo, el culto de la raza . . .

Aun cuando esta identificación está lejos de darse y que la diferenciación del contexto histórico (político y socioeconómico) impone definiciones *sui generis* al fenómeno tal como se da hoy en América Latina, conviene enfatizar como tendencia ascensional en algunos países y situación de hecho en otros la instauración de nuevos métodos de dominación y modelo de organización inspirado en el fascismo. Entre estos rasgos destacan:

a) *La hipertrofia del ejecutivo* que hoy en día descansa, como nunca antes, en el poder de tipo personal (el caso de Duvalier en Haití) o bajo el poder compacto de una oligarquía militar (Argentina y Brasil). Con la esterilización o absorción del Legislativo y del Judicial, el poder Ejecutivo se transformó en un órgano tan omnipotente como las monarquías absolutas.

b) *La neutralización de la función opositora y del derecho a la oposición legalista*. Esta neutralización implica la desintegración, el dismantelar los partidos políticos, ponerlos fuera de la ley, eliminar a sus dirigentes e incluso su militancia ya sea por el exilio, la persecución policiaca, la intimidación sistemática o la desaparición física.

c) *La degradación de la función y de la acción de los tradicionales grupos de presión*. Estos grupos (sindicatos, asociaciones religiosas o civiles, grupos estudiantiles) son amenazados, neutralizados o triturados por el poder que recurre a cualquier alternativa con el fin de derribar a aquellos que se oponen a su poder absoluto.

d) La naturaleza y la política extralegales o netamente ilegales del poder establecido que aplasta con cinismo los instrumentos legales previstos por las legislaturas, el derecho constitucional o por las tradiciones democráticas. El uso de decretos, actos institucionales, plebiscitos, referendos, marcan la ruptura entre el funcionamiento del sistema representativo y la instauración del nuevo orden instaurado por gobiernos fuertes que toman el poder por la fuerza y lo mantienen por la fuerza.

e) *El ejercicio extremo de la violencia*, más allá de las prácticas de represión del Estado democrático burgués. Los adversarios políticos no son juzgados ni condenados por penas legalmente previstas. Son asesinados a veces en plena calle. La tortura se vuelve un instrumento cotidiano de represión y terror. No sólo se amenaza de muerte a los activistas, opositores y sospechosos. También los familiares de cualquier acusado son objeto de persecución. La policía o el ejército abren fuego ante las manifestaciones pacíficas, que se tornan imposibles de realizar.

f) *El surgimiento de los cuerpos especiales de represión.* Los cuerpos tradicionales de represión, el poder judicial, el ejército y la policía, afectados en cierta medida por la crisis del sistema, o ligados a una legalidad inadecuada, se muestran imposibilitados o insuficientes para elevar la violencia a un nivel de terror y de crimen. Por lo tanto, surgen ligados al poder dominante y a los sectores ultras, los grupos extralegales, como los Tontons Macoutes en Haití, la Mano Blanca en Guatemala, el Escuadrón de la Muerte en Brasil. Estos grupos son institucionalizados en aquellos lugares en donde el fascismo funciona conforme a ésta; quedan sociedades secretas en otras partes, tomando la forma de cuerpos especiales de policía dependientes de los servicios de inteligencia militar sometidos o estrechamente ligados a fuerzas extranjeras de represión, en particular la CIA.

g) *La tendencia a la no renovación periódica de los mandatos del ejecutivo o mejor dicho, a la monopolización en el tiempo del poder político* por el grupo hegemónico que utiliza para ello la imposición de facto o artimañas plebiscitarias o electorales desde una posición de fuerzas exclusivistas que anula el ejercicio del voto popular y la elegibilidad libre de la ciudadanía para funciones electivas.

TOTALITARISMO Y DEMOCRACIA REPRESENTATIVA EN AMÉRICA LATINA

Hoy día, estas características del poder político en América Latina, difieren en forma clara, el periodo histórico actual del iniciado con la década de los 30, cuando la gran crisis que sacudió a la metrópoli imperialista hizo surgir los primeros intentos de modernización del estado opresivo en el continente.

Durante este primer periodo, el militarismo y el totalitarismo, propios a la democracia representativa importada, manifestaron un contenido nuevo sobre el plan de su método de dominio y de su ideología. De esta época data la "fascización" progresiva del Estado en algunos países (República Dominicana), la militarización de la sociedad capitalista (Brasil), la instauración de organismos de intervención estatal en la vida económica, que comenzaron a funcionar al servicio de los grupos dominantes y del imperialismo norteamericano.

En El Salvador, con Maximiliano Hernández, en Argentina con Odria, en el Brasil con Getulio Vargas, las dictaduras encuentran en el modelo del estado corporativo hitleriano métodos eficaces para reafirmar su dominación. Adoptaron incluso el paso de ganso del militarismo prusiano. Pero la opresión no cobraba aún la violencia y el carácter totalizador que lo caracteriza hoy en día. Ni el régimen socioeconómico, ni el sistema político habían alcanzado el grado de crisis que se observa actualmente. Los regímenes de

fuerza disponían también de bastantes reservas, sobre todo en el marco de su dependencia frente a los Estados Unidos. La fase de recuperación, seguida por el *boom* de los años de la guerra y de la postguerra, tuvieron el efecto de aflojar la *necesidad histórica de la violencia* por parte de los grupos dirigentes. En esta última coyuntura, el régimen socioeconómico y político conoció una renovación con el acceso al poder, en numerosos países, de la burguesía y de la pequeña burguesía, lo que hizo retroceder al totalitarismo, levantándose como portaestandarte de las ideas democráticas.

Por lo tanto, la relativa prosperidad de esta época, registrada en los países productores de materias primas, permitió a estas nuevas fracciones de las clases dirigentes, reforzar su dominio y hasta satisfacer, en cierta medida, determinadas reivindicaciones populares. Este periodo (1944-1960) se convirtió en la edad de oro de la democracia representativa latinoamericana. Sin duda, algunos militares recalcitrantes seguían en el mando como Trujillo en la República Dominicana, Pérez Jiménez en Venezuela, Batista en Cuba. Pero como regla general, la democracia burguesa aseguró el funcionamiento de los partidos políticos, la acción de los grupos de presión, el ejercicio de las libertades ciudadanas. El juego resultó más fácil, dado que las masas parecían adormecidas y quedaban fuera de la escena.

Las oligarquías se sintieron triunfantes, las clases medias y los intelectuales podían nutrirse de oportunismo y de ilusiones. Las inversiones norteamericanas y los buenos precios de las materias primas sostenían el mito de la prosperidad.

LA CRISIS DEL SISTEMA TRADICIONAL DE DOMINACIÓN

La depresión económica de 1956 en los Estados Unidos abrió la brecha. En la mayor parte de los países del continente la pequeña burguesía se sintió directamente afectada por esta situación al igual que la clase obrera y campesina que empezaron a moverse en 1957. Pérez Jiménez de Venezuela, es derrocado.

La Revolución cubana en 1959, llevando al poder a los Barbudos de la Sierra Maestra, viene a provocar la ruptura del eslabón más maduro del sistema de dominación imperialista en América Latina. Esta revolución denuncia a la "democracia representativa" como una farsa cómplice de la política intervencionista y del imperialismo. La juventud y los sectores particulares se entusiasmaron.

El ejemplo de Cuba estimula a las luchas revolucionarias en todos los países, indicando una nueva etapa de la larga marcha de América Latina. La imposibilidad de frenar el proceso revolucionario o de romper las reivindicaciones de las masas, suscita el desconcierto de los sectores dirigentes la-

tinoamericanos y las esferas dominantes de los Estados Unidos. En el seno de estos sectores nacen nuevas y fuertes contradicciones. El ala progresista con el apoyo de los liberales del gobierno de Kennedy quizo aflojar las tensiones mediante una estrategia tímidamente reformista del tipo Alianza para el Progreso (y con gobernantes “democráticos” como Frondizi en Argentina, Janio Cuadros en Brasil y Juan Bosch en la República Dominicana). El ala conservadora de las viejas oligarquías por su parte, alentada por el Pentágono y los sectores ultra de la metrópoli imperialista, prefirió adoptar posiciones de fuerza. La unidad de las clases dirigentes se rompió en beneficio de los reaccionarios ultras. Éstos procedieron mediante el golpe de Estado; entre 1960 y 1966 se produjeron 11 golpes de estado militares, comenzó a precisarse esa búsqueda de fórmula renovada de dominación política como única forma posible para frenar el ascenso de las masas y remediar el fracaso de la democracia representativa.

En Europa, el fascismo nació con la crisis del capitalismo monopolista en un momento en que el espectro de la revolución bolchevique hizo temblar a los estados burgueses. En América Latina, al estallar la Revolución cubana en el contexto histórico del fortalecimiento del centro socialista y del auge de la lucha de los pueblos para el socialismo, se produce este tipo de fascismo por la crisis de las estructuras capitalistas subdesarrolladas y dependientes, que se extiende en diversos grados a escala continental, provocando el descontento latente o manifiesto de las masas. Está generado por la crisis económico-social que sacude a la metrópoli imperialista y repercute en el sistema de dependencia semicolonial. Esta repercusión en primer lugar es económica y se refleja en el lento crecimiento del comercio de exportación, el débil impulso de la industria, el estancamiento del producto per cápita, el aferramiento de las viejas oligarquías a una posición de poder; y tantas otras manifestaciones del fracaso del modelo para crear un desarrollo nacional hacia dentro y promover al desarrollo económico. Al no lograr éxito este proyecto durante el período de la postguerra, se ha suscitado en el campo político, sobre todo durante la década de los sesenta, un sin fin de conflictos en el seno de esas mismas clases dominantes, entre éstas y los grupos más dinámicos de la pequeña burguesía atraídos a los proyectos y a la ideología dominante. Los sectores populares han entrado en el escenario, cuestionando el dominio tradicional, promoviendo proyectos nacionalistas, anti-imperialistas, antioligárquicos e incluso socialistas.

La acentuación de esta doble crisis (del centro dominante y de la periferia) es una tendencia irreversible. Se pretende resolverla mediante la dictadura terrorista, que aparece como un fenómeno creciente en América Latina, que se nutre del imperialismo, satisfecho de contar con servidores incondicionales y eficaces que mantienen a toda costa el sistema de domi-

nación capitalista. Esta nueva realidad anuncia el advenimiento de esos "días sombríos" en América Latina, que previó el Che Guevara.

PODER PERSONAL Y OPRESIÓN FASCISTA: EL CASO HAITIANO

Esos días sombríos han nacido ya en algunos países. Son naciones bien diferenciadas en el campo económico, histórico, de la geografía física, o desde el punto de vista de la etapa de desarrollo, pero que poseen el denominador común del terror institucionalizado, Haití y Brasil representan modelos extremos de este fascismo del subdesarrollo.

En Haití, el guía supremo, el Presidente vitalicio François Duvalier, un civil de clase media resultó ser el arquitecto del sistema terrorista que sobrevivió a su muerte. En Brasil, la compacta y rígida casta militar ejerce por sí misma el absolutismo, y delega el poder a sus ejecutores que se nombran sucesivamente Mariscal Castillo Branco, Mariscal Da Costa y Silva, Mariscal Garrastazu Medici.

Esas diferencias en la cúspide, traducen la realidad de unas estructuras económico-sociales e institucionales forjadas en forma diferente en el curso del desarrollo histórico. El modelo haitiano que opera en forma casi pura, servirá de punto de partida para el análisis de la nueva formulación de la opresión de clases en América Latina. Menos que una opción que pretendería partir de lo particular a lo general, esta extrapolación trata de abarcar ciertas generalidades de la problemática reciente de América Latina, observables de manera particularmente acentuada en Haití. Entre estos rasgos conviene enfatizar lo raquítrico del desarrollo capitalista dependiente, el peso de las estructuras e instituciones precapitalistas, la fuerza de la penetración imperialista, el excepcional grado de subdesarrollo económico y social y la tendencia al subdesarrollo que nace de la deterioración estructural y de la exasperación del antagonismo nación imperialismo; todo aquello traduciéndose en la violencia de las contradicciones económicas, sociales y políticas y una descomunal opresión de clases ejercitada por el régimen duvalierista.

Como se sabe, el antiguo *Saint Domingue*, con fabulosas riquezas que permitieron a la burguesía francesa acumular enormes capitales durante los siglos xvii y xviii, se convirtió en la República de Haití en 1804 como consecuencia de una lucha victoriosa de los esclavos levantados en armas contra los colonos blancos y las tropas enviadas por Napoleón para defender la "Perla de las Antillas".

Haití, primera nación descolonizada en el mundo y primera República negra, arrastró la hipoteca colonial y esclavista en un mundo en que el colonialismo dictaba sus leyes. Esta hipoteca se fundaba en las formas de dominación de la élite negra y mulata que sustituía a los antiguos colonos, y en

una estructura socioeconómica en la cual el feudalismo y el neocolonialismo *avant la lettre* sustituía a la explotación de tipo esclavista. Se perpetuaba la lucha por el poder entre los terratenientes, entre éstos y una burguesía mercantil al servicio de intereses extranjeros, que coadyuvaba al saqueo de las riquezas del país. La vida republicana quedó sometida en forma permanente al totalitarismo y el militarismo.

La ocupación americana (1915-1934) abrió las puertas a la penetración de los capitales extranjeros y a la instalación de las plantaciones. Sin pretender tocar las estructuras feudales de la economía, llevó a cabo cierta modernización de las instituciones. Formó una “guardia de Haití” moderna que llegaría a ser el esqueleto del sistema de “democracia representativa” al servicio de los intereses norteamericanos. Durante los regímenes de Vincent (1939-1941), Lescot (1941-1946), la vieja oligarquía mulata asumió el funcionamiento del sistema y se apropió de los beneficios del poder público. El ala negra de esa oligarquía y la clase media negra exigió su participación en el monopolio del poder en el año de 1946. Vinieron los gobiernos negros de Estimé y de Magloire quienes fueron también “incondicionales servidores del imperialismo”, y cumplieron su periodo al amparo de la prosperidad precaria creada por los buenos precios del café y del henequén. Pero esa prosperidad desapareció en 1956. Magloire fue derrocado. Los conflictos entre las alas negra y mulata de las clases dirigentes se complicaron con la entrada a escena de las masas populares de Puerto Príncipe, dirigidas por un líder populista, Daniel Fignoliste. Esta intromisión de las masas suscitó el pavor de la burguesía y la clase media que abrió paso a la escala fascista duvalierista.

Duvalier llegó al poder en 1957, por la vía real de elecciones hábilmente logradas y coloreadas de sangre por el ejército según una práctica bastante corriente en el seno de las democracias representativas latinoamericanas. Desde el inicio de su gobierno comenzó a renegar de las exigencias más elementales de esa democracia. El malestar socioeconómico se fue acrecentando por diversos factores: deterioro de la situación económica, tensiones sociales existentes, reivindicaciones populares, oposición de una fracción importante de la clase media del clero y de la burguesía, división en el seno del ejército, coyuntura creada en América Latina por la Revolución cubana. Este último factor se agigantó como la expresión máxima de la amenaza comunista y de la insurrección popular.

Un cuerpo terrorista de represión, de carácter clandestino, los célebres Tontons Macoutes, comenzó a operar contra la oposición, ampliando sus funciones hasta desplazar a la policía y al aparato judicial. Esta paulatina institucionalización lo transformó en el organismo omnipotente encargado de las clases dirigentes de la violencia organizada y cuyo representante

máximo es el señor Presidente, que concentra en sus manos todas las estructuras, instrumentos y mecanismos de poder.

Se llegó así a suprimir el ejercicio formal del sufragio y a transformar la República formal en un régimen de presidencia vitalicia y aún hereditaria. La hipertrofia del poder personal hizo de esa dictadura uno de los modelos más acabados de régimen de terror, que logró en el curso de catorce años de coacción triturar a todos los grupos de presión y de oposición e imponer un sistema político cuya naturaleza era asegurar la continuidad duvalierista.

Más que en ningún otro caso, en América Latina resulta estrecha la vinculación entre el régimen político y el orden económicosocial. El duvalierismo en su máxima expresión, la papadocracia, apareció como un fascismo de dependencia y subdesarrollo, cuyas raíces se desprenden de las mismas estructuras de la formación socioeconómica dependiente y precapitalista y que emerge como la forma más violenta del sistema de opresión clasista y política en una sociedad sometida a las formas también más brutales de la dominación imperialista. De tal manera, *el duvalierismo* devino la *forma política de la opresión imperialista sobre la nación haitiana*.

LA IDEOLOGÍA DEL FASCISMO

Ahora bien, conviene recalcar: la ideología de estos regímenes de terror tiene sus lejanos orígenes en la misma génesis de estas naciones surgidas de sociedades esclavistas y coloniales. El sentimiento de superioridad y de paternalismo-antropófago que animaba al colono blanco (español, portugués o francés) se ha transmitido a las nuevas clases dirigentes criollas, que tomaron las riendas del poder en las naciones recientemente constituidas o en gestación. Aun cuando habían roto en el campo político con la metrópoli, esas élites, obsesionadas por identificarse con la cultura de la Madre Patria europea, adoptaron sus moldes de pensamiento y comportamiento en el campo del lenguaje, de la literatura, la religión, la filosofía, etcétera.

Ese "bovarismo" intelectual implicaba una actitud de desprecio hacia la cultura autóctona y popular, íntimamente ligado al comportamiento de la élite hacia el pueblo depositario de la cultura nacional y desprovisto de los despojos de la civilización occidental.

Esa devaluación también se manifestaba en los métodos de dominación política. Aun cuando el movimiento indigenista de los años treinta reivindicó con insistencia el valor del patrimonio autóctono, indio o negro, las élites, incluso las fracciones intelectuales indigenistas de aquéllas no se liberaron del profundo traumatismo cultural, provocado en su psiquismo por los reflejos lejanos y los esplendores de París, Madrid, y más tarde Nueva York. Su lenguaje hablaba indígena, su corazón quedaba fuertemente ligado a la

metrópoli cultural y luego político-económica que compraba en dólares. De estas mismas metrópolis aceptaron como importaciones ideológicas influjos de racismo y complejos de superioridad del blanco-europeo-sajón-occidental-capitalista que contribuyeron a intoxicar su mente de criollos, ladinos, mestizos, mulatos, indios, negros, conformados históricamente por su pasado colonial y esclavista. Se sintieron de repente tan occidental-cristiano-capitalistas como los mismos europeos. En particular la ideología fascista por su culto a las élites, pareció haber sido concebida por ellas o para ellas, las “minorías predilectas”. Además la misma estratificación social tan rígida de esas formaciones constituyó un campo de cultura ideal para la proliferación de esas ideas.

Esta ideología conlleva la creencia en el papel predestinado de las élites, la incapacidad de las masas, la necesidad de paternalismo brutal hacia ellas, la identificación de las minorías privilegiadas con los valores de la civilización occidental. Esta civilización occidental como es sabido descansa en el capitalismo, que desde siglos se ha identificado con ella, facilitando su expansión, identificándose asimismo con los intereses objetivos de las élites dependientes de las regiones de capitalismo periférico. Por ello, el anticapitalismo, la antidependencia, es decir, la liberación nacional y el socialismo constituyen doctrinas exóticas, y todas aquellas que defienden el capitalismo: Hitler, Trujillo, Somoza, o Stroessner, Duvalier o los gorilas brasileños, significan valiosos defensores de una civilización occidental que se dice latina y cristiana.

Esta fórmula de “doctrinas exóticas” muestra hasta qué punto se logró la identificación élites-dependientes y metrópolis-dominantes. Dejaría la impresión que el capitalismo ha nacido en Colombia, Brasil, México y no que fue importado de Inglaterra e impuesto por Europa.

Como esencia de esa identificación está el hecho objetivo de que el régimen de explotación, las estructuras y mecanismos de la dependencia, aseguran la supervivencia y fortalecimiento de esas élites. Éstas se aferran a ello con tanta más fuerza que lo sienten más inseguro, más amenazado.

Pero la amenaza al *statu quo* proviene de sectores cada día más amplios que representan la conciencia de las comunidades nacionales. Son estudiantes, obreros, intelectuales, pequeños comerciantes, campesinos, liberales, católicos, nacionalistas, socialistas y sectores constantemente en aumento.

Nace entonces y se ensancha una brecha nación-élite que refleja la brecha nación-imperialismo, brecha objetiva o potencial que se definirá más cuando se defina la “nación para sí”.

Los activistas de la causa de liberación, portadores de la ideología comunista, siendo los más avanzados representantes de la conciencia nacional y de la lucha anti-imperialista, son perseguidos con la máxima barbarie. Con-

viene comparar a este respecto como expresiones de la ideología fascista, las leyes anticomunistas instauradas en Haití y en Brasil dictando la pena de muerte contra los luchadores de la liberación nacional.

El decreto anticomunista de 1969 promulgado el 28 de abril de 1969 por el gobierno haitiano dice así:

... Considerando la incompatibilidad radical de las doctrinas de importación, en particular el marxismo-leninismo con el orden social, político y económico haitiano, el cual sólo puede sacar sus factores de proceso en su etnia y su cultura propia;

... Considerando los peligros que las doctrinas comunistas cualquiera que sean, representan para el orden social haitiano, tal como se ha constituido y como está consagrado por las leyes vigentes;

... Considerando que los actos de gangsterismo y terrorismo cometidos en Puerto Príncipe, en la zona comercial, en el aeropuerto internacional François Duvalier, en Cazale, Boutilliers, Bizotoc, Delmas, en la Rue Férou y en otros puntos del territorio nacional, constituyen la muestra tangible de que los comunistas han pasado de la "fase de adoctrinamiento" a la "fase de ejecución" según la terminología táctica del marxismo-leninismo.

La Cámara Legislativa ha votado la ley siguiente:

Artículo 1. Son declarados crímenes contra la seguridad del Estado las actividades comunistas bajo cualquiera que sean sus formas: toda profesión de fe comunista oral o escrita, pública o privada, toda propagación de doctrinas comunistas o anarquistas por medio de conferencias, discursos, pláticas, lecturas, reuniones públicas o privadas, mediante volantes, letreros, periódicos, revistas, fascícula, libros, imágenes; toda correspondencia escrita u oral con asociaciones locales o extranjeras, o con personas que se dedican a la difusión de las ideas comunistas o anarquistas; asimismo el hecho de recibir, recolectar o proporcionar fondos destinados directamente a la propagación de dichas ideas.

Artículo 2. Serán declarados culpables de los mismos crímenes todos aquellos, que bajo cualquier concepto: (libreros, propietarios o gerentes de imprenta, gerentes o arrendatarios de viviendas, ministros del culto, misioneros, predicadores, profesores, maestros, etc.), habrán sugerido la ejecución de estos crímenes o facilitado su ejecución, hospedado o prestado asistencia a sus autores.

Artículo 3. Serán castigados con la pena de muerte los autores y cómplices de crímenes arriba mencionados, sus bienes muebles e inmuebles confiscados y vendidos en beneficio del Estado.

La ley tomada por los militares brasileños, después del secuestro del Embajador norteamericano dispone la pena de muerte incluso contra "los que

inciten a la guerra, a la subversión del orden político-social, a la desobediencia colectiva a las leyes, a la paralización de los servicios o actividades esenciales”.

Así, en la maquinaria jurídica puesta a funcionar por los regímenes de terror latinoamericanos el delito de opinión merece la pena de muerte. En la práctica va aún más lejos y ello significa el reino de la barbarie. El “Habeas Corpus” ya no existe, ni el derecho a una defensa legal. La duración de las penas de cárcel está dictada por los verdugos. La tortura funciona legalmente. Las matanzas colectivas se institucionalizan. Se asesina a la ciudadanía en la calle, en la oscuridad de los calabozos, inspirándose en tiempos de paz formal en métodos utilizados en los campos de concentración nazi. La violencia es método de gobierno, el terror, mecanismo de sometimiento. Aún en países como Uruguay (conocido todavía en la postguerra como la Suiza de América), México, Argentina, que habían superado en parte o en su totalidad las prácticas de violencia sistemática por parte de los grupos gobernantes, experimentando procesos acelerados de modernización y desarrollo, han ido surgiendo cuerpos fascistoides que hacen temer la “tontonmacutización” progresiva de los organismos y métodos represivos y el imperialismo norteamericano contribuye a ello, con todos los medios de que dispone la tecnoestructura del complejo industrial militar de las embajadas, la ayuda técnica dispensada por la AID, las actuaciones sofisticadas de la CIA, hasta las iniciativas autonomistas de las grandes corporaciones multinacionales (tales como la ITT) empeñados en adiestrar a los agentes autóctonos, o a actuar directamente para afianzar el sistema.

SOCIALISMO O FASCISMO

Cada día se precisa más para América Latina la alternativa: socialismo o barbarie, Cuba o Haití, Chile o Brasil. A medida que el socialismo mundial se fortalecerá más en lo económico, lo político y lo militar, que la crisis del imperialismo mundial se acentuará, que la situación socioeconómica en América Latina se volverá más precaria, que crecerán el descontento popular y la movilización de masas, que la causa del socialismo ganará más y más adeptos, alcanzando etapas de mayor decisión y organización popular; no quedará otra alternativa para el imperialismo y sus apoderados locales: instaurar regímenes de terror y fórmulas más originales de dominación política para asegurar su hegemonía.

En aquellos países de mayor desarrollo socioeconómico y político, en donde las bases de la democracia burguesa han sido fortalecidas históricamente con la participación organizada de las masas en los procesos políticos y sociales (existencia de partidos, sindicatos, opinión pública) y consecuentemente

mente con una mayor capacidad de resistencia a la opresión, la empresa de perpetuación del *statu quo* implica el uso de medios más refinados y sofisticados que van desde las técnicas de la contrainsurgencia y de la guerra psicológica, hasta los intentos reformistas o las políticas de canalización del descontento popular hacia pautas de modernismo o de acceso artificial a la sociedad de consumo. Desde luego en los países de menor desarrollo en donde las contradicciones sociales se han presentado históricamente con descomunal violencia, esta búsqueda toma un cariz mucho más burdo. La crisis del sistema se refleja a nivel de las clases dominantes, estrechando las bases sociales del poder a tal punto, que la fracción hegemónica de las clases que ejercita el poder real, resulta mínima, personificada a menudo en la máxima figura del ejecutivo, es decir, el caudillo. Esta situación plantea la necesidad de asegurar la permanencia en el poder de aquella fracción o figura dominante, o aquellos personajes más allegados al poder que tienen ya la experiencia práctica de los instrumentos o aparatos de control o represión (caso Balaguer en República Dominicana, resurgimiento de figuras políticas como Rojas Pinilla, Pérez Jiménez).

En Haití, esta búsqueda se ha traducido por la fórmula hereditaria a la que recurrió la dictadura duvalierista y el imperialismo para mantener el régimen de opresión. Esta fórmula ya ensayada en Nicaragua con los Somoza y en República Dominicana con los Trujillo, corresponde, cierto es, a determinado estadio de desenvolvimiento histórico, en donde las reminiscencias medievales resultan vivas. Sin embargo, nace de situaciones concretas de absoluto control político, por parte de los grupos de poder de la eficacia represiva y la neutralización de la oposición y el decisivo apoyo externo. Asimismo, se fundamenta en el mismo grado de podredumbre del sistema en su dimensión nacional e internacional, que lo imposibilita para encontrar un sustituto válido para el hombre fuerte, identificado al *statu quo*. Los intereses de los sectores dominantes locales se conjugan con los de las fuerzas de dominación externa, es decir, del imperialismo en su presente etapa de descomposición, para asegurar la máxima viabilidad, eficacia y legitimidad de fórmulas que contradicen el principio sacrosanto de la renovación periódica del poder, propio de la democracia burguesa.

Bajo estas condiciones, en Haití, el país de menor desarrollo en América Latina donde la opresión en su triple dimensión fascista, clasista e imperialista cobra una violencia ilimitada, la continuidad duvalierista ha garantizado el mantenimiento del sistema.

El estado corporativo se ha consolidado en un bloque compuesto por la alta burguesía industrial y sobre todo comerciante, los terratenientes, el alto clero, y la burocracia que descansa en el binomio represivo Tonton Macoute-

Ejército fortalecido y modernizado con el apoyo decidido del imperialismo norteamericano.

Se ha acrecentado el divorcio entre la nación y la maquinaria de dominación, que adquiere mayormente características de una fuerza de ocupación extranjera que entrega el país al imperialismo bajo la forma de concesiones-ventas del territorio y privilegios ilimitados a los monopolios para su obra de saqueo en condiciones de dominio colonial. Se produce una mayor concentración de la riqueza en manos de la élite tradicional y la nueva burguesía duvalierista, así como una mayor pauperización de las masas campesinas, obreras y medias; la dominación económica imperialista se fortalece, con incidencia determinante sobre los mecanismos de decisión política. Se acentúa asimismo la imposición ideológica sobre la población en aras de justificar el continuismo e impulsar el anticomunismo, máxima bandera propagandista levantada contra las reivindicaciones de cambio social de la nación.

Este tipo de sistema político, basado en la institución del terror, o monopolio del poder por los sectores dominantes más fieles a los designios imperialistas tal vez se extenderá, bajo la forma de regímenes militares o dictaduras civiles ultra-reaccionarias a otros países del continente a medida que se profundice la crisis estructural, que se refuerce la toma de conciencia de las masas, que el sistema tradicional de dominación y dependencia resulte más insuficiente para mantener el *statuo quo*. Estos regímenes recurrirán a personajes o grupos representativos de los intereses de los diversos sectores dominantes, de sus reivindicaciones de clase, su temor a la revolución popular y que por los métodos más violentos y modernos tratarán de imponer su hegemonía a las otras fracciones de las clases dominantes y su dominio sobre el conjunto de la nación, en perfecta concordancia con el imperialismo y de la burguesía y el bloque de las clases dominantes.